

ALGO SOBRE LA CRÍTICA

No me gusta recoger las alusiones que se me dirigen ni protestar de los juicios que sobre mi labor se vierten. Los que escribimos para el público debemos ser sufridos. Pero como, por otra parte, tampoco me gusta someterme á rígidas normas de conducta, alguna vez quebranto el propósito de no comentar los comentarios que sobre mi obra se hagan. Y esta es una de las veces. La quebranto á propósito de una página que en el número 2 de la *Verdad*, revista mensual de arte, ciencia y crítica, que se publica en Santiago de Chile, me dedica el señor don Ernesto Montenegro.

Chile es hoy, después de la Argentina, el pueblo americano en que con más y mejores amigos cuento; en cada correo me llegan expresiones de aliento y de simpatía. Es uno de los pueblos en que creo contar con más lectores, y dentro de su número tal vez con los más atentos y los más reflexivos. Claro está que no todos los que de allí me escriben aplauden sin reservas mi labor, sino que con frecuencia me oponen reparos y censuras de buena fe; así es y así debe ser.

Hace pocos años, muy pocos, mis relaciones epistolares con chilenos eran escasísimas; hoy son muchas. Y esto lo he logrado «con unas cuantas lanzadas del género crítico», como dice el señor Montenegro, con unos ensayos ásperos y duros, tal vez despiadados, sobre las obras de dos escritores chilenos. «Entre nosotros — añade el señor Montenegro — es casi un hombre célebre y sólo por sus diatribas contra algunos de nuestros compatriotas célebres. Esto ha bastado para sustraer su nombre al silencio; ese respetuoso silencio en que se transmiten al oído un nombre de maestro sus admiradores, y hoy llevan el suyo de boca en boca con más curiosidad que cariño las gentes de camarilla literaria ó le rebajan su prestigio los periódicos para vengar pasiones de banderías.»

Esto es la pura verdad — debo declarar «con la modestia que me caracteriza» y empleando esta frase que he aprendido en Sarmiento, aquel noble y desinteresado egotista — y yo me tengo la culpa, si es que la hay, por haberme metido en corral ajeno. Y es que el ejercer la crítica á tanta distancia tiene el mal de que quien la ejerce ignora la actuación pública de los criticados, y los prestigios literarios suelen muchas veces no ser más que reflejos de prestigios de otro género.

Añade luego el Sr. Montenegro que hay quienes me estiman crítico rabioso porque desconocen mis obras. ¿Rabioso yo? Así Dios me perdone mis demás pecados, pero hombre más blando y más descendiente dudo que lo haya.

«Para nosotros los que de veras le estimamos—

sigue diciendo el Sr. Montenegro — no puede ser un mérito más su campaña devastadora, que tanto parece complacer á los envidiosos y fracasados, y á esa casta especial que, no pudiendo hacer nada serio, vive para burlarse del trabajo ajeno.»

Tengo que dar las gracias al Sr. Montenegro por esta noble declaración y declarar yo, por mi parte, que tampoco á mí me parece que me añade mérito esa que llama mi campaña devastadora y que lamento el que complazca envidias. No lo hice para eso.

Es, sin duda, una de las amarguras que acibaran el ánimo de cuantos combaten por la verdad y por la justicia y por la cultura el encontrarse con que se tergiversa el sentido de su labor. Las mezquinas pasiones de los hombres lo convierten todo en sustancia venenosa. Yo fui en cierta ocasión solemne de mi vida ruidosamente aplaudido por ciertas duras reconvenciones que dirigí á quienes más quiero, y lo triste fué que el espíritu que movió las más de aquellas manos á aplaudirme fué un espíritu contrario al que sacaba mis palabras de mi corazón á mi boca. Y algo así puede haberme pasado en Chile.

«También este Chile — agrega el señor Montenegro — tan maltratado en su patriotismo por el fogoso libelista, le da un buen contingente de adeptos. De los que comulgan en su ferviente idealismo somos nosotros.» Lo creo, y creyéndolo espero de ellos la justicia de que me crean que es un interés real y vivo, que es una profunda simpatía hacia ese Chile que tanto se parece en espíritu

á mi pueblo vasco, lo que me ha movido en más de una ocasión á fustigar la irreflexiva patriotería de algunos de sus hijos, como fustigo siempre que se presenta coyuntura la patriotería ciega de mis paisanos.

Los escritores chilenos, cuyas obras he tratado de desmenuzar sin compasión alguna hacia el escritor — el hombre merece mis respetos — son de esos escritores que ponen en ridículo á su propio país. Y bueno es advertir que á los hijos de esas jóvenes naciones que prosperan en riqueza y en cultura y adoptan, desde luego, los mejores progresos de Europa, no les vendría mal en ciertas ocasiones una más discreta moderación de juicio al compararse con otros pueblos. La cultura es algo muy íntimo que no puede apreciarse tan sólo en un paseo por las calles de una ciudad y tal la hay que teniéndolas mal encachadas, llenas de baches y tal vez de fango, y careciendo de refinamientos, de comodidad y de policía, puede encerrar formas de espíritu de muy elevada y muy noble prosapia.

La patriotería — lo que los franceses llaman «chauvinisme» — es una especie de enfermedad del patriotismo, cuándo no un remedio de éste, y en Chile, donde el patriotismo sano, el normal ó si se quiere llamarle, forzando la metáfora, fisiológico, tiene tan hondas, fuertes y viejas raíces, es en uno de los países en donde menos debían consentir los patriotas que los patriotereros explayasen su manía.

En la ocasión solemne de mi vida á que antes

me he referido, dije á mis paisanos que «gran poquedad de alma arguye tener que negar al prójimo para afirmarse», y esta mi sentencia de entonces, con lamentablemente harta frecuencia suelo tener ocasión de repetir. La repito siempre que algún patrioterero cree necesario para exaltar á su patria, deprimir alguna ó algunas otras patrias; la repito siempre que me encuentro con patrioterías por exclusión, siendo así que el sano patriotismo es inclusivo. Ejemplo de éste tenemos en aquel soberano final del discurso de la bandera del gran Sarmiento, cuando llamaba á los pueblos todos de la tierra, empezando por los más afines, á constituir la futura República Argentina.

No; yo no he maltratado jamás á Chile en su patriotismo — esto sería, además de una mezquindad, una locura y una injusticia; — lo que sí he hecho, ha sido arremeter, en la medida de mis fuerzas, contra la patriotería de algún chileno, sobre todo cuando ésta iba, de rechazo, en desdoro y rebajamiento de otros pueblos.

«Estos artículos que han venido á revolver la bilis de unos cuantos — sigue el señor Montenegro — más bien quisiéramos no conocerlos.» Y yo más bien quisiera no haber tenido que escribirlos. Haber tenido que escribirlos, digo, porque al leer ciertas cosas no suelo poder resistir la tentación de arremeter contra ellas. ¿De qué me serviría predicar á los cuatro vientos el evangelio de Don Quijote, si llegada la ocasión no me metiese en quijoterías por los mismos pasos porque él se metió? Encontrarse él con algo que le pareciera

se desmán ó entuerto y arremeter, era todo uno.

«El autor de la *Vida de Don Quijote y Sancho*, el admirable revelador del símbolo caballeresco, se basta para merecer toda nuestra admiración. Lo demás de su obra que ha llegado hasta nosotros lo es de pasiones momentáneas, y como ellas, pasa sin dejar rastro.» Yo siento mucho, claro está, que fuera de mi *Vida de Don Quijote* no haya llegado á manos del señor Montenegro, cuyos son también esos dos párrafos, otra cosa que los frutos que en mí hayan podido dar pasiones momentáneas; pero espero que tanto él como aquellos de sus paisanos que como él sientan á mi respecto — honrándome con ello no poco, — habrán de comprender que quien predica el quijotismo quijotice.

¿Y por qué — me preguntarán acaso — has venido á dar precisamente contra dos escritores chilenos? Aparte de que más de una vez he tratado con igual dureza, si no en tan prolongado ataque, á otros escritores no chilenos, la pregunta tiene una fácil contestación. He ido á topar precisamente contra escritores chilenos, por la razón misma que suelo aquí combatir de preferencia los que creo defectos de mis paisanos, por interés. De otros, ó no me entero, ó si me entero me encojo de hombros.

Don Quijote salía por los caminos á busca de las aventuras que la ventura del azar le deparase, y jamás dejó una con el fin de reservarse para más altas empresas. Lo importante era la que de momento se le presentase. Hacía como Cristo, que yendo á levantar de su mortal desmayo á la hija

de Jairo, se detenía con la hemorroidesa. No seleccionó el caballero sus empresas. Y no gusto yo de seleccionarlas.

Tal es la razón de que haya ido dejando el oficio de crítico, sin renunciar á la crítica por ello. Imponerme la obligación de hacer crítica de éstas ó las otras obras con regularidad, á plazos fijos, por vía de profesión, me parece algo así como si me impusiera la obligación de escribir un soneto ó una oda cada sábado. Eso me obliga á leer para criticar, y me gusta más bien criticar por haber leído, atento á aquella sutil, á la vez que profunda distinción establecida por Schopenhauer entre los que piensan para escribir y los que escriben porque han pensado.

Esta razón por una parte, y por otra la de que una crítica suelta de una obra aislada, rara vez tiene valor permanente, me han ido apartando del oficio de crítico en que estuve á punto de caer, y hoy me reservo el ir leyendo las obrar americanas que caen en mis manos, para hacer más adelante un trabajo de conjunto sobre la literatura contemporánea hispanoamericana, en que todas ellas sean examinadas en relación y colectividad, prestándose luz mutua y sirviendo cada una, según su respectivo mérito, de ejemplo de una tendencia ó de un valor generales.

Pero esto no empece el que si alguna vez un libro americano me llama poderosamente la atención, ó siquiera me sugiere algunas consideraciones, rompa mi propósito y le dedique algunas cuartillas.

En los dos ataques de crítica agresiva, según el señor Montenegro la llama, que he dirigido á dos libros chilenos, fué que en ambos me tocaron en dos de mis puntos doloridos, en dos que estimo dos fatales errores de no pocos hispanoamericanos, y no sólo chilenos. Es el uno la fascinación que sobre ellos ejerce París, como si no hubiese otra cosa en el mundo y fuera el foco, no digo ya más esplendente, sino único, de civilización. Es manía que he combatido muchas veces, encontrando para ello fuerzas en la manía contraria de que acaso estoy aquejado. Pues no he de ocultar que padezco de cierto misoparisienismo, que reconociendo lo mucho que todos debemos en el orden de la cultura á Francia, estimo que lo parisiense ha sido, en general, fatal para nosotros.

Y el otro error, y más que error injusticia, que estallaba en el otro libro á que embestí sin compasión, es el de creer que los pueblos llamados latinos son inferiores á los germánicos y anglosajones y están destinados á ser regidos por éstos. Es menester que acabemos con esa monserga de inferioridad y superioridad de razas, como si la hubiese genérica y permanente, y no fuera más bien que quien en un respecto supera á otro le cede en otro respecto, y quien hoy está encima estuvo ayer debajo y tal vez volverá á estarlo mañana para encumbrarse de nuevo al otro día. Acaso lo que hace á unos menos aptos para el tipo de civilización que hoy priva en el mundo, sea eso mismo lo que les haga más aptos para un tipo de civilización futura. Cuando se nos moteja á los españoles de africanos,

suelo recordar que africanos fueron Tertuliano, San Cipriano y San Agustín, almas ardientes y vigorosas.

Los autores de esos libros á que tan sin compasión traté, me son, como escritores, indiferentes y sólo me sirvieron como casos de dos enfermedades generales. Ellos me servían para ejemplificar doctrina y á la vez como representantes de la patriotería irreflexiva. Si mis ataques les han dolido lo siento, porque no gozo en molestar á nadie; pero es el caso que las censuras en abstracto, al modo de los moralistas que tronaban contra los vicios, tienen poca eficacia. La cosa es triste, bien lo veo; pero una censura á un vicio apenas tiene valor sino especificándola en un vicioso. Y lo mismo sucede con los vicios intelectuales. Don Quijote pudo haber tronado en la plaza pública contra los amos que tratan mal á sus criados, pero prefirió socorrer al de Juan Haldudo el Rico, y en todo hizo lo mismo. La campaña dreyfusista en Francia ha sido mucho más eficaz que habrían sido predicaciones sin base de aplicación individual.

Lo malo es cuando se ataca á uno por pasiones personales, por mala voluntad, por ganas de hacer reír á su costa ó por mezquindad de espíritu ó envidia, no tomándole como un meró caso de ejemplificación. Y he aquí por qué en las líneas que el señor Montenegro me dedica, tan benévolas, tan respetuosas y desde el punto de vista en que se coloca tan justas, sólo hay una cosa que me desplace y de la que he de protestar, y es lo de llamar á esas mis duras críticas «panfletos á lo Val-

buena». No; no quiero parecerme á Valbuena, ni quiero que mi crítica tenga nada de la suya. Yo podré ser duro, pero hago esfuerzos por no ser grosero y burdo, y sobre todo, nunca he buscado hacer reír á los papanatas con chocarrerías sacristanescas y á costa del prójimo. No; nunca me he inspirado en el bachiller Sansón Carrasco, patriarca de los Valbuenas, ni he hecho de mi incomprensión la medida de las cosas. Muchos serán mis defectos, pero el caer en crítico á lo Valbuena consideraría como una de las mayores desgracias que pudieran afligirme.

En todo lo demás debo confesar que estoy mucho más de acuerdo con el señor Montenegro de lo que pudieran creer los que me tengan por un crítico displicente y rabioso.

LEYENDO A FLAUBERT

Todo tiene sus ventajas y sus inconvenientes, dijo el gran Perogrullo, que es uno de mis clásicos, y á quien acaso—ó sin acaso, como él diría—se le ha calumniado más de lo debido. Hace años ya, cuando empezaba á escribir para el público, dije que «repensar los lugares comunes es el mejor modo de librarse de su maleficio», y un semanario madrileño, el *Gedeón*, que por entonces me distinguía con sus frecuentes cuchufletas, dijo que la tal sentencia era una paradoja enrevesada que no había modo de entender. Como el que se empeñaba en no entender eso y otras cosas tan claras como ello se murió, yo no sé si sus compañeros que hoy quedan lo entenderán ó no. A mí sigue pareciéndome tan claro como cuando lo formulé, hace años. Y ese viejo lugar común perogrullesco de que todo tiene sus ventajas y sus inconvenientes, pierde el maleficio de todo lugar común, que es el de fomentar nuestra pereza de pensamiento sustituyendo una idea por una frase, si volvemos á pensar en él.

El vivir, como yo vivo, en una antigua y retira-

da capital de provincia, apartado de las grandes vías de comunicación y donde es relativamente fácil aislarse metiéndose en casa, tiene sin duda sus inconvenientes, pero creo que sus ventajas son mayores aún.

Nunca le falta á uno la media docena de amigos con quienes departir; en buenos días de vacaciones están el campo, la sierra, el encinar, y hay luego los chismes de ciudad y las cosas del ayuntamiento. Y francamente, vale más hablar de ellas que no de los problemas nacionales é internacionales, sobre todo cuando éstos apestan. Y queda en todo caso, y más en estos días cortos, destemplados y lluviosos del otoño, el meterse en casa á vivir con los propios hijos y con los muertos. Con los grandes muertos; con los genios de la humanidad.

Y así hago ahora. Leo á Tucídides, leo á Tácito, para no enterarme de lo que está pasando en Europa. Dejo el periódico que me habla de las negociaciones franco-alemanas, de la guerra turco-italiana ó de la revolución en China, para enterarme de la expedición de los Atenenses á Sicilia ó de la muerte de Germánico. Así he leído últimamente la *Historia de la República Argentina*, de Vicente F. López, á la que debo no pocas enseñanzas, cuyo efecto alguna vez saldrá en estas correspondencias.

El buen lector debe leer á la vez tres, cuatro ó cinco libros, descansando de cada uno en la lectura de los otros. Así estos días, á la vez que leo á Jenofonte, á Tácito, una historia de la religión

cristiana, alemana, un libro portugués, un libro de historia del gran historiador norteamericano Parkman, he leído y releído á Flaubert. Sobre todo, los cinco volúmenes de su correspondencia.

Flaubert es una de mis viejas debilidades. Porque yo, que no pienso volver á leer ninguna novela de Zola, he leído hasta tres veces alguna de Balzac, repetiré acaso alguna de los Goncourt y he repetido las de Flaubert. Y es que Zola, como hace notar muy bien Flaubert, apenas se preocupó nunca del arte, de la belleza. La pretensión de hacer novela experimental y su científicismo de quinta clase le perdían. Tenía una fe verdaderamente pueril en la ciencia de su tiempo, sin acabar de comprenderla. Pero este Flaubert, este enorme Flaubert, este puro artista, está henchido de entusiasmo por el arte y á la vez de escepticismo, de íntima desesperación.

He releído *L'Education Sentimentale*, los *Trois Contes*, me propongo releer *Madame Bovary*, ayer terminé *Bowvard et Pecuchet*. ¡Pero, sobre todo, la *Correspondance*! Aquí está el hombre, ese hombre que dicen—lo decía él mismo—que no aparece en sus obras. Lo cual no es cierto, ni puede serlo tratándose de un gran artista.

Sólo en obras de autores mediocres no se nota la personalidad de ellos, pero es porque no la tienen. El que la tiene la pone donde quiera que ponga mano, y acaso más cuanto más quiera velarse. A Flaubert se le ve en sus obras, y no sólo en el Federico Moreau de *La Educación Sentimental*, sino hasta en la misma Ema Bovary, y en

San Antonio y en Pecuchet mismo. Si, en Pecuchet.

El, Flaubert mismo, decía que el autor debe estar en sus obras como Dios en el Universo, presente en todas partes, pero en ninguna de ellas visible. Hay, sin embargo, quienes aseguran ver á Dios en sus obras. Y yo aseguro ver á Flaubert, al Flaubert de la correspondencia íntima, en muchos personajes de sus obras.

¡Cómo me atraía estos días seguir las vicisitudes sentimentales de este hombre de altos y bajos, de entusiasmos y abatimientos, de eterna decepción y desencanto! Hay una cosa sobre todo que siempre me ha atraído hacia él, y es lo que sufría de la tontería humana.

Sí, comprendo, más que comprendo, siento ese sentimiento que en *Bouvard y Pecuchet* le hace decir: «Entonces se les desarrolló una lamentable facultad («une faculté pitoyable»), la de ver la estupidez y no poder ya tolerarla». En francés tiene más fuerza la palabra «bêtise». Y en 1880 escribía á su amiga Madama Roger des Genettes: «He pasado dos meses y medio absolutamente solo, como el oso de las cavernas, y, en suma, perfectamente bien; verdad es que no viendo á nadie no oía decir tonterías. La insoportabilidad de la tontería humana ha llegado á ser en mí una «enfermedad», y aun me parece débil la palabra. Casi todos los humanos tienen el don de «exasperarme» y no respiro libremente más que en el desierto». Lo comprendo y aun diré más, aunque se me tome á petulancia: conozco esa enfermedad.

Ello es doloroso, muy doloroso, bien lo comprendo, y acaso no es bueno; tiene una raíz de soberbia, de lo que se quiera, pero me ocurre lo que al pobre Flaubert: no puedo resistir la tontería humana, por muy envuelta en la bondad que aparezca. Dios me perdone si ello es algo perverso, pero prefiero el hombre inteligente y malo al tonto y bueno. Si es que caben bondad, verdadera bondad, y tontería, verdadera tontería, juntas, y no es más bien que todo tonto es envidioso, necio y mezquino. Su tontería le impide acaso al tonto hacer mal, pero no desea bien.

Antes perdono una mal pasada que se me juegue que una ramplonería ó una sonora vulgaridad que se me diga como algo que vale la pena de ser oído. La mediocridad y la rutina mentales me duelen hasta físicamente. Hay amigos á quienes he dejado de frecuentar por no oírles los mismos eternos y sobados lugares comunes, ya sean católicos ó anarquistas, creyentes ó incrédulos, optimistas ó pesimistas. Y la vulgaridad más moderna, la de moda, me molesta más que la antigua, la tradicional. El lugar común de mañana me es más irritante que el de ayer, porque se da aires de novedad y de originalidad. Por eso la tontería anarquista me es más molesta que la tontería católica.

Ese libro de las simplezas y las decepciones de *Bouvard y Pecuchet* es un libro doloroso. Hasta su manera de estar escrito, seca, cortada, á saltos, con feroces sarcasmos de vez en cuando, es dolorosa. Y hay en esos dos pobres mentecatos — no tan mentecatos, sin embargo, como á primera vis-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1825 MONTERREY, MEXICO

ta parece — algo de Don Quijote, que era uno de los héroes y de las admiraciones de Flaubert, algo de Flaubert mismo. Y como Don Quijote y Sanchito, Bouvard y Pecuchet, — inspirados en parte, no me cabe duda, por aquéllos — no son cómicos, sino á primera vista y sobre todo á los ojos de los tontos, cuyo número es según Salomón infinito, siendo en el fondo trágicos, profundamente trágicos.

El *Quijote* era una de las grandes admiraciones de Flaubert. En 1852, á sus treinta y un años, escribía á Luisa Colet, la Musa: «Lo que hay de prodigioso en el *Don Quijote*, es la ausencia de arte y la perpetua fusión de la ilusión y de la realidad, que hace de él un libro tan cómico y tan poético. ¡Qué enanos todos los demás al lado de él! ¡Qué pequeño se siente uno, Dios mío, qué pequeño!» El *Quijote* dejó indeleble marca en el espíritu de Flaubert; su producción literaria es profundamente quijotesca. Cervantes era con Shakespeare y Rabelais, con Goethe acaso, el genio que más admiraba. Y fué acaso Cervantes quien lo llevó á contraer aquella «enfermedad de España» de que en una de sus cartas habla: «Je suis malade de la maladie de l'Espagne». No acabó nunca, en cambio, de sentir bien al Dante, á este formidable florentino, que es una de mis debilidades. Pero me lo explico por lo mismo que sentía hacia Voltaire una admiración de que no puedo participar, aun reconociendo toda su grandeza. Es cuestión de sentimiento, ó mejor dicho, de educación, y la de Flaubert no fué muy católica.

Pero sentía la fuerza del catolicismo. En 1858 escribía á la señorita Leroyer de Chantepie, una mujer trabajada por inquietudes religiosas—«¡rara avis!»—diciéndole: «De aquí á cien años Europa no contendrá más que dos pueblos: los católicos de un lado y los filósofos del otro.»

Y él, el pobre Flaubert, no podía irse ni de un lado ni del otro. Le faltaba la fe religiosa, pero no era tampoco uno de esos espíritus simples que pueden entusiasmarse con la filosofía, la ciencia, el progreso ó la ingeniería. Comprendo su posición; ¡no la he de comprender! Mejor aún, la siento; ¡no he de sentirla!

En 1864 escribía á la señora Roger des Genettes: «La rebusca de la causa es antifilosófica, anticientífica, y las religiones me desagradan aún más que las filosofías, porque afirman conocerla. ¿Qué es una necesidad del corazón? ¡De acuerdo! Esta necesidad es lo respetable, y no dogmas efímeros.» ¡Cuántas veces he dicho lo mismo!

Pero oid este otro párrafo de una carta de 1861 á la misma señora: «Tiene usted razón; hay que hablar con respeto de Lucrecio; no le encuentro comparable sino Byron, y Byron no tiene su gravedad ni la sinceridad de su tristeza. La melancolía antigua me parece más profunda que la de los modernos, que dejan entender todos más ó menos la inmortalidad más allá del «agujero negro». Pero para los antiguos este agujero era el infinito mismo; sus ensueños se destacan y pasan sobre un fondo de ébano inmutable. Nada de gritos, nada de convulsiones, nada más que la fijeza de un ros-

tro pensativo. Los dioses no existían ya y Cristo no existía aún, y hubo desde Cicerón á Marco Aurelio un momento único, en que el hombre se encontraba solo. En ninguna parte hallo esta grandeza, pero lo que hace á Lucrecio intolerable es su física, que da como positiva. ¡Es débil porque no ha dudado bastante; ha querido explicar, concluir! ¿Veis al hombre? Yo no sólo lo veo, lo siento, y lo siento dentro de mí.

Y este hombre, á quien se ha creído impasible y hasta frío por aquella añagaza artística de la impersonalidad, este hombre escribía en 1854, ¡á sus treinta y tres! á la Colet: «¡Creo que envejecemos, nos enranciamos, nos agriamos y confundimos mutuamente nuestros vinagres! Yo, cuando me sondo, he aquí lo que siento hacia ti: una gran atracción física, ante todo, después una adhesión de espíritu, un afecto viril y asentado, una estimación conmovida. Pongo al amor por encima de la vida «posible» y no hablo nunca de él en uso propio. Has abofeteado delante mío la última noche y abofeteado como una burguesa mi pobre ensueño de quince años, acusándole una vez más de «¡no ser inteligente!» Estoy seguro, ¡vaya si lo estoy! ¿es que no has comprendido nunca nada de lo que escribo? ¿no has visto que toda la ironía con que en mis obras me ensaño contra el sentimiento, no era sino un grito de vencido, á menos que no sea un canto de victoria?» Grito de vencido, sí, grito de vencido, ¡y no canto de victoria! grito de vencido, del que cinco años más tarde, en 1859, escribía á Ernesto Feydeau, con ocasión de haber éste

enviudado: «No te revuelvas ante la idea del olvido. ¡Llámala más bien! Las gentes como nosotros deben tener la religión de la desesperación. Hay que estar á la altura del destino, es decir, impasible como él. A fuerza de decirse: «ello es, ello es», y de contemplar el agujero negro, se calma uno». ¿Se calma? ¿De veras, se calma? No, no se calma. Lo que hay que hacer es sacar de la desesperación misma esperanza y mandar á paseo á todos esos estúpidos científicistas que se os vienen con la cantilena de que nada se aniquila, sino que todo se transforma, de que hay un progreso para la especie y otras necedades por el estilo.

Leed la correspondencia de Flaubert y veréis al hombre, al hombre cuya terrible ironía era un grito de vencido, al hombre que sufrió con Madame Bovary, con Federico Moreau, con Madame Arnoux, con San Antonio, con Pecuchet... Veréis al hombre, cuya religión era la de la desesperanza y cuyo odio era el del burgués satisfecho de sí mismo, que cree conocer la verdad y gozar la vida, y os suelta una necedad cualquiera, á nombre de la fe ó á nombre de la razón, amparándose en la religión ó amparándose en la ciencia. Es extraño que un hombre así, como el hombre Flaubert, el solitario de Croisset, padeciese la dolencia de la insoportabilidad de la tontería, de la «bêtise» humana? Y para no tener que soportarla se enterraba entre libros, á desahogar su dolencia en sus inmortales obras.

¡Y le dolían los males de su patria, vaya si le dolían! No hay sino leer sus cartas de 1870, cuan-

do la invasión prusiana y el sitio de París. Llegó á decir que creía era el único francés á quien de veras le dolía Francia. Y se encerraba en Croisset, á cumplir el que estimaba su deber, á trabajar en sus obras. Creyó hacer en «La Educación Sentimental» una obra altamente patriótica y la hizo. Más, mucho más que tantos otros que peroraban en el parlamento. Hizo una obra de profunda política, él, que detestaba eso que comúnmente se llama, por autonomasia, política. ¿Y cómo no va á detestar la política el que sufre de insoportabilidad de la tontería humana?

¿Cómo voy á salir de casa estos días? ¿A qué? ¿A ponerme malo de oír la tontería monárquica ó la tontería republicana, la conservadora ó la liberal, la carlista ó la socialista? ¿Voy á salir á oír el consuelo del tonto creyente que nunca ha dudado ó el del no menos tonto libre pensador que tampoco duda? ¡No, no, no; mejor meterme en casa á fortificarse contra el destino, leyendo á los grandes desengañados y á los grandes engañadores, á los apóstoles de la desesperación y á los de la inmortal esperanza, á los que quieren dejar de ser y á los que quieren ser siempre. Y que los «vivos» entretanto se burlen de los locos; ¡que siga el «macaneo» de los que se creen avisados!

¡Oh, santa soledad!

LA GRECIA DE CARRILLO

Tengo aquí, á la mano, el libro *Grecia*, de Gómez Carrillo, con el cual, á la vez que he dado una vuelta por la Grecia de hoy, he refrescado mis estudios clásicos. En una de sus páginas el autor me pide perdón—no puedo dar lo que no tengo—por si dice una herejía al traducir la prudencia griega por don de mentir ó virtud de engañar. De hecho los griegos se jactaban de engañar al enemigo; su moral no era, ciertamente, la moral caballeresca.

Pero, ¿por qué Carrillo se dirige especial y señaladamente á mí? Sin duda por ser yo un catedrático de lengua y literatura griegas. Sí, lo soy, como lo fué—y Carrillo lo recuerda—Nietzsche; pero no soy un erudito helenista. Y aun hay más; y es que por esa erudición siento una mezcla de repugnancia y de miedo. Para un erudito que conozca con alma, conozco veinte que no la tienen. Si en la oficina en que se está comentando á Homero entrara de pronto Homero mismo redivivo, cantando en lenga moderna, lo echarían de allí á empellones por inoportuno.

No es esto, sin embargo, desdeñar la erudición,

no. Carrillo dice una vez en su libro, hablando de la geografía, que es una demoleadora de leyendas casi tan absurda como la filología. Pero es que la filología ha creado tantas ó más leyendas que ha tratado de destruir. Sucede como con todos los problemas: de la solución de uno cualquiera de ellos surgen nuevos. La filología nos ha dado una nueva antigüedad helénica, pero no menos legendaria que la antigua. Y ¡qué suma de poesía no se ha puesto muchas veces en doctos comentarios filológicos! Tanta cuanto ha podido poner, y no es poca, Carrillo en sus notas de viaje.

Y él, el mismo Carrillo, ha ido provisto de sus eruditos guías, de sabios comentaristas, ¿cómo no? y á través de ellos ha visto Grecia. A través de ellos y á través de su propio temperamento.

Esos comentaristas que le han servido de guías son, y es natural, franceses los más, y así resulta que la Grecia de Carrillo está vista y sentida á las veces muy á la francesa, pero no menos también á la española otras veces, y muy á la española. Y siempre muy á lo Carrillo. Cada cual ve dondequiera que va aquello que más le preocupa, y propende á no fijarse en lo que no le interesa.

Dejo para más adelante el discernir la parte de francesidad que haya en esta nueva obra de Carrillo, y voy á lo otro, á lo personal.

Carrillo es un curioso, curioso como un griego; un hombre que recorre países y tierras á la busca de nuevas sensaciones, de visiones nuevas, de novedades, en fin. Y ésta fué siempre una pasión, una verdadera pasión de los griegos: la pasión del

conocimiento, el ansia de saber. La hermosa, la hermosísima palabra «filosofía», amor del saber y no estrictamente sabiduría, sólo en Grecia pudo nacer. Leed los poemas homéricos, y allí veréis con qué complacencia se detienen los héroes á contar y oír contar historias. Recréanse con ello como con la comida. Parece como que el fin de la vida es para estos hombres hablar de ella y comentarla.

En el discurso—los héroes homéricos hablan en discurso todos—que Alcínoo, el rey de los feacios, dirige á su corte, luego que Ulises se delata al oír á Demódoco cantar las hazañas del caballo de madera por aquél ideado, dice que los dioses trama y cumplen la destrucción de los hombres para que los venideros tengan argumento de canto. Las calamidades, las guerras, las hazañas, todo ocurre para que de ello se hable. El fin de la acción es su conocimiento; pero su conocimiento poético. Pasan siglos, muchos siglos, y al contarnos el autor del libro de los *Hechos de los Apóstoles* la visita de San Pablo á Atenas, nos dice que los griegos pasaban el tiempo en hablar de la última novedad. ¿Y no es ésta acaso la labor de Carrillo, el contar-nos la última novedad, aunque esta novedad parezca antigua? ¿No es convertirlo en novedad todo y entretenernos de la vida y de la muerte, como se entretenían aquellos héroes homéricos?

Y esto, que podrá parecer á algún espíritu vulgar y mentidamente serio algo fútil, algo superficial, es, sin embargo, una de las cosas más profundamente serias, porque puede ser una cosa

profundamente apasionada. La pasión por el conocimiento era avasalladora entre los griegos.

Recordad la hermosa leyenda de las sirenas. «Es la mala sirena que atrae á los náufragos de la voluntad para envenenarlos con el perfume de su seno; es la diabólica divinidad de la lujuria y del engaño», dice el Remo de la *Galatea* de Basilias, de que Carrillo nos habla. Y sin embargo, las dos sirenas de la *Odisea*, las sirenas homéricas, no envenenan con el perfume de su seno, no es la lujuria su aliciente. Las sirenas no le llaman á Ulises ofreciéndole deleite carnal, sino que le dicen: «Ven acá, famoso Ulises, gloria de los aqueos; detén la nave para oír nuestro relato. Nunca pasó nadie por aquí de largo en su negra nave sin haber antes oído el dulce canto de nuestras bocas, recreándose con él y marchándose sabiendo más que sabía. Sabemos cuanto sufrieron los argivos y los troyanos en la ancha Troya por decreto de los dioses; sabemos cuanto ocurre en la fecunda tierra.» Para un griego, para Ulises, la tentación era terrible; ¿cómo pasar de largo sin detenerse á oír cuanto ha sucedido en la tierra? Fué una de sus mayores proezas ésta de vencer la tentación del conocimiento, la curiosidad, la terrible curiosidad, que es la principal fuente del pecado.

Por curiosidad cayó Eva, por curiosidad más que por lascivia caen las más de sus hijas. La caída de nuestros primeros padres en el paraíso de la inocencia fué por probar el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. Seréis como dioses, sabedores del bien y del mal—les dijo, tentándolos

el demonio.—Y por anhelo de saber, por ardiente curiosidad, pecaron, cayendo en la «feliz culpa», según la llama la Iglesia misma en su liturgia.

Y esta ardiente curiosidad, este anhelo de ver, de oír, de saber cosas nuevas, de atesorar cuentos y leyendas, esto llevó á Carrillo á Grecia.

Y él, el cronista, el curioso, el amante de novedades, fué á dar en ese pueblo eternamente curioso, perennemente joven, siempre charlatán. «Ser orador, parecer orador—nos dice Carrillo—, es más honroso que ser hijo de un general ilustre ó nieto de un héroe legendario». Toda la vida de Atenas—nos cuenta Carrillo que le decía un griego—está en el café, y toda nuestra energía mental se disipa en diálogos de café... La palabra entre nosotros es la más fuerte bebida, el opio más poderoso, la morfina más alucinante.» De aquí, de este pueblo, salió el místico platonizante, que en el proemio al cuarto Evangelio escribió aquello de que en el principio era la palabra, el verbo, que estaba junto á Dios, y la palabra era Dios y por ella se hizo todo. ¡La palabra era Dios!

Los griegos son, según decía Stanley, retóricos y filósofos, no lógicos y juristas como los romanos; los griegos hicieron con retórica, con oratoria, dialogando libremente, en dialéctica, la filosofía, así como los romanos hicieron el derecho. Los griegos fueron los verdaderos filósofos, los verdaderos amantes del saber, amantes, mejor dicho, de la caza del saber. En los inmortales diálogos del divino Platón se siente el placer de perseguir la verdad, más aún que el de sorprenderla; la

inteligencia goza en la gimnasia de sus facultades. «Porque de lo que se trata no es—como nos dice Carrillo—de hallar la verdad, sino de correr tras ella para no alcanzarla nunca.»

¿No recordáis aquellas tan mentadas palabras de Lessing, el germano helenizante, uno de los tudescos más empapados en el alma helénica? Decía: «Si Dios tuviera encerradas en su mano derecha toda la verdad y en la izquierda no más que el siempre vivo anhelo de la verdad, aunque con el añadido de errar por siempre y me dijese: ¡escoje!, caería yo humilde ante su izquierda, y le diría: ¡Padre, dame esto!, la pura verdad no es más que para ti solo.» Era, sin duda, el temor de que la pura verdad le matase. Quien á Dios ve, se muere, dicen las Escrituras.

Esta pasión, esta desenfrenada pasión por la caza de la verdad, más aún que por la verdad misma; este loco amor de jugar la inteligencia, consumía á Sócrates. Aquello de «viejo pedante que todo lo razona y nada siente», que Carrillo nos cita, es una calumnia de Filadelo, como lo de «hombre-teoría» es otra calumnia de Nietzsche, que era maestro en ellas, pues se pasó la vida calumniando. Calumnió á Sócrates, lo mismo que calumnió á Cristo, él, que quiso ser un Sócrates y un Cristo.

El griego fué siempre un curioso. Y tengo para mí que si Elena siguió á París, provocando la guerra de Troya, fué arrastrada, más que por Afrodita, la diosa del deleite, por la misma Atena, la diosa del saber, de la curiosidad, así como de la

prudencia. Cuando Ulises entró á hurtadillas, disfrazado de mendigo, en Troya, á ejercer espionaje y maquinando sus tretas, Elena fué la única que le conoció. Revelóle el héroe sus propósitos bajo juramento que ella prestó de no revelarlos, y cuando metieron los aqueos el caballo de madera, ¿qué hizo Elena? ¿Qué iba á hacer? Ir verlo, á dar tres vueltas al derredor de él, llamando á los héroes, á comprometer el éxito de la treta. Y no más que por curiosidad.

¡Curiosidad, divina fuente del saber desinteresado!, ¡madre de la filosofía! También el estómago, la necesidad de vivir, engendra ciencia; pero esta ciencia que brota del estómago es abogacía, no filosofía. La filosofía es saber por el saber mismo.

¿Y esto no satisface? No, no satisface.

Carrillo nos confiesa su desilusión ante la Acrópolis de Atenas. Recordando la famosísima oración ante la Acrópolis de aquel eterno curioso, que fué Renán, de aquel goloso de saber, escribe Carrillo un capítulo, el último de su obra, que se titula así: «La oración en el Acrópolis». Y allí nos cuenta su desilusión.

«Aun las almas románticas, en efecto—dice Carrillo—, sienten al encontrarse en presencia de la diosa ateniense una infinita inquietud y un infinito malestar. ¿Es esto?, parecen preguntar. ¿Es esto nada más?» Y yo digo: las almas románticas, las almas apasionadas, más aún que las otras. Y nos cuenta Carrillo la frialdad de Chateaubriand, de Lamartine, de Gautier ante la Acrópolis.

«Entre el Acrópolis y nosotros, en efecto—añá-

de Carrillo—, hay muchos siglos y muchas ideas.» Lo que hay entre la Acrópolis y nosotros es el cristianismo, la terrible verdad del cristianismo, la desesperación resignada del cristianismo. Entre nosotros y la Razón helénica está la Cruz, la sublime locura de la Cruz.

A esa Atena, á esa Razón, «nadie la ve de repente—dice Carrillo, añadiendo:—. La cordura no surge cual una aparición. Suavemente, paso á paso, sin prisas, sin sobresaltos, va acercándose. El hombre la ve venir, y duda, y no la reconoce. ¿Una divinidad esa dama altiva que no se esconde entre velos y agita palmas enigmáticas? Más bien parece una estatua animada. Pero poco á poco la estatua se trueca en imagen. Y la imagen continúa su camino tranquila hasta que, después de mucho tiempo, mucho tiempo, pone en nuestra frente su dedo níveo, y nos sonríe. Entonces volvemos la vista atrás. El Acrópolis aparece de nuevo ante nuestros ojos llenos de luz. Una magnífica apoteosis alumbra el templo blanco. De nuestros labios, al fin, brota la oración definitiva.»

¿Muy sereno, no es así? Muy gracioso. Y, sin embargo, no; esa oración no nos brota del corazón mismo. La cordura surge cuando vamos á morir; la cordura es la muerte. Nuestro Señor Don Quijote se volvió cuerdo para morir. El caballero de la Fe, si hubiera llegado al Acrópolis, habría entrado lanza en ristre á desencantar á la pobre Atena, allí presa del número, la proporción, el ritmo y la medida.

¡Atena, Minerva, la de los ojos de lechuza! Pe-

netra, sí, con su mirada en lo oscuro; pero no llega á las entrañas de las cosas, donde se asienta el misterio. La razón no llega al misterio. La razón es inhumana.

Llevo veinticuatro años ya en trato con los antiguos genios de la Grecia, oyendo la voz de su sabiduría; llevo más de veinte explicándolos en la cátedra. Me aquietan, me serenan, me apaciguan; cada vez creo comprenderlos mejor, pero no me satisfacen. Y lo que en ellos más me gusta es la inquietud, la eterna inquietud que á cada paso no pueden menos que dejar descubrir. Al fin eran hombres. Y así que llegó el Cristo y se bautizaron, brotó su más íntima naturaleza.

No es verdad que no tuvieran «vanos temores (¿vanos? ¿por qué vanos?) de tenebroso más allá»; no es verdad que aceptaran «la idea divina sin vanas angustias».

«Entre todos los pueblos del mundo, este es el menos místico»—escribe Carrillo. Y el misticismo cristiano nació en Grecia, no en Palestina; el misticismo cristiano procede de Platón más que del Evangelio. ¿Qué, no es místico el pueblo de Plotino, de Porfirio, de Proclo, de Jámblico, de San Clemente, de Orígenes, de tantos otros? Me dirán que muchos de éstos no eran griegos aunque en griego escribían. De esto habría mucho que hablar.

Hay algo en que me parece que Carrillo ha penetrado menos que en lo demás, y es tal vez por no interesarle gran cosa, y es en lo que á la religiosidad helénica se refiere. Y, sin embargo, la teología católica es casi toda ella de origen grie-

go. Precisamente cuando me puse á leer la *Grecia* de Carrillo acababa la lectura de las lecciones de Penrhyn Stanley sobre la Iglesia ortodoxa. Si Carrillo se hubiese alguna vez interesado por problemas teológicos, habría visto en Grecia, de seguro, muchas cosas que no vió.

Hay en el libro que me sugiere estas líneas un capítulo titulado «El alma pagana», que merece especial comento. Es tanto lo que se habla de paganismo y de alma pagana, que conviene detenerse un poco de cuando en cuando á esclarecerlo en lo posible. Carrillo no cae en los errores y precipitaciones de otros, no; y por eso, por ser lo suyo más comedido, más razonable, más sereno que cuanto de ordinario dicen los paganizantes, por eso merece comentarlo.

Pero esto merece especial atención y más especial tratado. Bueno será, pues, dejarlo. Pero antes de cerrar estas líneas, quiero decir que para mí, un libro que me sugiere reflexiones, así sean contrarias á las del autor de él, es un libro bueno, y cuantas más reflexiones me sugiera es el libro mejor. Y Carrillo con su *Grecia* me ha hecho viajar, no tan sólo por Grecia misma, lo que vale mucho, sino por mis propios reinos interiores, lo que vale mucho más.

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

Alguna otra vez he hecho notar desde estas mismas columnas, el hecho de que mientras los americanos todos se quejan, y con razón, de lo poco y lo mal que se les conoce en Europa y de las confusiones y prejuicios que respecto á ellos por aquí reinan, se da el caso de que no se conozcan mucho mejor los unos á los otros y abriguen entre sí no pocas confusiones y prejuicios.

Lo vasto de la América y la pobreza y dificultad de sus medios de comunicación contribuye á ello, ya que Méjico, v. gr., está más cerca de España ó de Inglaterra ó Francia que de la Argentina.

Me refería hace poco un escritor argentino, Ricardo Rojas, que de los ejemplares que remitió de una de sus obras desde Buenos Aires á lugares de las «tierras calientes», apenas si llegó alguno á su destino.

Por otra parte, el sentimiento colectivo de la América como de una unidad de porvenir y frente al Viejo Mundo europeo, no es aún más que un sentimiento en cierta manera erudito y en vías de